

# LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 141.—15 de Enero de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan  
Epist. I, 4, 8.)*

## EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

*La hermana de una suscritora.* Los 10 rs. que V. nos ha remitido, han dado de comer un par de dias á una familia que no tenia pan. Que Dios oiga las bendiciones que, para V., salieron de sus lábios.

## EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Gracias á

*La hermana de una suscritora,* por 10 rs.

A Doña Josefa Kith y O-Connell, por hilas, 16 vendas y varias compresas de las llamadas cruces de Malta.

## BIENHEOCHRES DESGRACIADOS.

Siempre que se discute sobre la obligacion moral que todos tenemos de hacer bien á nuestros semejantes, traduciendo en hechos la observancia del primer precepto de la ley de Dios, se establece sin contradiccion, y se admite como principio evidente, que esa obligacion pesa sobre el rico y el venturoso.

Es natural que así suceda, cuando la materia no se profundiza con criterio ilustrado. El rico tiene mas medios, y por consiguiente, mas facilidades para socorrer al pobre, y el venturoso se halla en situacion mejor de consolar y sostener el ánimo abatido del desgraciado. Uno y otro, además, obrando así, no solo cumplen aquel precepto santo de *amor al prójimo* (que si no fuera prescripcion di-

vina, hubiera sido preciso establecerla por los hombres como necesidad social), sino que justifican de tal modo, á los ojos del mundo, el privilegio de riqueza y de ventura que les ha otorgado la Providencia.

Iguales todos los hombres en su origen y en su destino, unos reciben, sin embargo, en este mundo el lote de la felicidad y otros el de la desgracia. Verdad es que, dentro de cierto límite reducido, los hombres ponen á veces de su parte algun mérito ó alguna culpa para llegar á tan diversas situaciones; pero la causa principal, el origen verdadero de ellas es la voluntad del Omnipotente, ordenadora de todos los sucesos que ocurren en el mundo, y que los encamina hácia el bienestar de unos y hácia el malestar de otros, porque así conviene á los designios de su justicia indiscutible. Bajo este concepto hay indudablemente en el rico y en el venturoso una deuda de beneficios que satisfacer, y el mejor modo de pagarla y de demostrar gratitud por ella, es ocuparse en hacer algun bien á los que lo necesitan.

Hasta bajo el punto de vista meramente humano, la sociedad, donde tantos envidiosos se encierran, disculpa mejor, y aun aplaude, la felicidad de los ricos y venturosos, cuando ve que proporcionan alguna á los que la tienen escasa ó no tienen ninguna; al paso que suele mirar con cierta antipatía, que á veces llega á tomar el carácter de rencorosa envidia, las prosperidades del rico egoísta que solo se ocupa de su propio regalo y comodidad, sin cuidarse para nada de los necesitados.

Pero sucede con esto, lo que con muchas máximas y principios de sana moral, que, interpretados bajo un criterio limitado é incompleto, imbuyen el error ó cierran la puerta á expansiones buenas que pudieran facilmente tener provechosos desahogos. Porque los ricos y los dichosos tengan mas especialmente el deber moral de hacer bien, se consideran relevados de ese mismo deber los que no pertenecen á esas categorías felices, y esto se admite en la práctica como cosa corriente, con tanto error como perjuicio propio y ajeno.

El pobre oye ensalzar y predicar la caridad, y dice en su interior y tambien á veces en el exterior: «Eso no me alcanza á mí: soy de los que están en el caso de recibir, no en el de dar, pues apenas tengo lo preciso para mis necesidades.»

El desgraciado por otro concepto, aunque no sea pobre, pide ó espera que le consuelen y atiendan los que pueden hacerlo; pero él, abismado en su dolor, se considera incapacitado y dispensado de dar unos consuelos que quisiera para sí, y hasta, á veces, agoviado por su pena, mira casi como una ofensa ó un escarnio el que se le

escite á ocuparse de los sufrimientos ajenos. *Harto tengo yo con los míos*, es una frase con la cual cree haber rechazado victoriosamente los impulsos de la caridad y de la benevolencia.

Con tales máximas, la sociedad parece dispensar á una gran parte de sus miembros de la obligacion de hacer bien, y monopoliza en las clases afortunadas ese deber, tanto en lo que tiene de penoso y de trabajo activo, como en lo que encierra de goces puros y poco conocidos. He aquí una tendencia que creemos oportuno combatir, por injusta y por perjudicial.

Respecto al pobre, ya otras veces LA VOZ DE LA CARIDAD se ha ocupado en demostrar su aptitud para hacer bien dentro del límite de sus facultades, no siempre bien apreciadas. Es un error lamentable el mirar la caridad bajo el prisma vulgar de la simple limosna ó socorro en metálico. Esto es lo mas trivial y lo menos meritorio, si es aislado y no le acompaña la buena intencion y el deseo de mejorar la situacion moral del pobre, mientras se alivia su situacion material.

Dios es caridad, como dice San Juan: caridad es amor, compasion y benevolencia; es ternura de corazon, es simpatía hácia los pobres, viendo en ellos prójimos nuestros, quizás menos merecedores que nosotros mismos de los sufrimientos que les agovian, y á quienes tenemos el doble precepto de amar y de amparar, por ser hermanos nuestros infelices, y por ser, en cierto modo, la representacion de Jesucristo, que hizo vida de pobre cuando vino al mundo para redimir á la humanidad entera.

Admitida esa ancha base de la caridad, no hay pobre que no pueda ser útil á otro mas pobre que él, y á quien no le sea dado atender, dirigir y consolar, si no con dinero, porque no le tenga, con palabras de simpatía, con consejos útiles, y con buenos ejemplos de laboriosidad y resignacion. El óbolo del pobre no se diferencia del espléndido donativo del rico, mas que en la cuantía material del socorro, pero acaso en la intencion y en el mérito intrínseco de la accion, valga el primero mas que el segundo.

En cuanto á los desgraciados no pobres, que se creen dispensados de ocuparse de las desventuras ajenas, el error es mas grande; el perjuicio mas evidente. Ellos, si no se encierran en un sofisma cruel y egoista, diciendo: *Ya que yo sufro, que sufran tambien los demás*; si no están bastante pervertidos para llegar á esto, apelan á otra preocupacion que parece revestida de un tinte de generosidad, y que consiste en creer que el infortunio propio es impotente para aliviar el ajeno, que, al contrario, tiene su contacto algo de fastidioso y contagioso, y por eso vale mas encerrarlo en el que lo sufre sin ponerse en relacion con otro infeliz que tambien padezca.

¡Error! ¡Deplorable error! Precisamente las almas castigadas por el infortunio pueden comprender mejor las desventuras ajenas, y aplicarlas mejor el consuelo de que sean susceptibles. El hombre frívolo y feliz no puede tan fácilmente penetrar en las profundidades de la miseria moral de sus semejantes, y por eso está más expuesto á hacerse egoísta, y á adormecer sus sentimientos generosos á fuerza de no ejercitarlos.

Los sufrimientos no han sido creados sin grandes miras. Cuando Dios lanzó al mundo la semilla de los dolores, no lo hizo por atormentar á sus criaturas, sino para unir las entre sí más estrechamente, y para que de esa unión viniesen las emociones, las simpatías y los grandes vínculos, que forma la compasión consoladora, entre el que la otorga y el que la recibe. La mejor base del amor al prójimo, ó al menos la que más lo vigoriza, es el dolor.

Jesucristo lo dijo, *Bienaventurados los que lloran*. Sí; bienaventurados, porque pueden *amar mucho*; porque las penas los perfeccionan y las lágrimas los purifican; porque haciéndose maestros en la ciencia dura del dolor, están en mejor aptitud y con mayor autoridad moral para sostener al abatido y consolar al que siente los golpes crueles de la desdicha.

El que tiene su alma curtida por el dolor, es como soldado veterano de la vida humana; conoce sus peligros y sus amarguras; sabe por experiencia cómo hieren, y puede emplear ese conocimiento en beneficio de otros desdichados. Si ese veterano se encierra en una inacción egoísta, se convierte en un tráfuga que abandona cobardemente el puesto de honor y de prueba en que Dios le ha colocado para su purificación propia y para el consuelo ajeno. De ese egoísmo que se ceba en sus propias amarguras, no hay más que un paso al fastidio que consume, á la desesperación que crea la impiedad y la blasfemia; y por tal camino se llega fácilmente al suicidio, que es una gran locura y una insigne cobardía disfrazada con falso aspecto de valor.

No están, pues, los desgraciados relevados del deber de ser bienhechores, sino todo lo contrario. Son los que tienen más necesidad del ejercicio amplio de los sentimientos caritativos, porque de él no han de reportar más que gratas emociones. Si su desgracia es remediable, dulce es pensar que Dios concederá ese remedio cuando se pone por mediador y por mérito la práctica de buenas obras: si es irremediable, queda siempre el recurso de un ejercicio que distraiga, y que facilita el llegar á esa santa resignación religiosa, ante la cual no hay dolor que no ceda en su punzante amargura.

Y que esto no es una utopía fantástica, lo prueban experiencias

bien elocuentes que todos conocemos. Si, en lugar de escribir para el público, lo hiciéramos en confianza particular á un amigo, si nos fuera lícito sacar á relucir situaciones íntimas que encubren velos pudorosos, podríamos citar ejemplos edificantes de personas que conocemos en Madrid, en Sevilla, en Barcelona, en Gijon y en Málaga, las cuales, hondamente torturadas por el dolor, han hecho esfuerzos supremos para darle provechosa direccion, y han hallado el consuelo á sus penas, ocupándose en consolar las ajenas. En vez de estériles lágrimas y ayes desesperados, han opuesto á la inaccion del dolor, la actividad de la ternura y de la caridad, para proporcionar socorro á otros infelices, y satisfacción á sí mismas al emplearse en tan dulces tareas. De esta prueba han salido tan victoriosas, que lo que quizás descuidaron en los dias de felicidad, lo reparan cuando son infelices; y si el afecto que profesamos á esas cinco dignísimas personas nos permitiera desearles nada que no sea para su bienestar, casi debiéramos bendecir sus penas, al ver que son tan productivas en socorros y en consuelos.

Convengamos, por lo tanto, en que no hay razon alguna para escluir á los desgraciados del deber y del placer de ser bienhechores. Si el venturoso hace el bien por gratitud y por bondad de corazon, el desdichado debe hacerlo para que su dolor no sea improductivo, y con el objeto de adquirir el mejor de los títulos para conseguir de Dios el remedio, si le hay, en sus males, ó las dulzuras de la resignacion, que son un remedio tan eficaz como el que mas parezca serlo.

*Antonio Guerola.*

## LA ASOCIACION, EL TRABAJO Y EL AHORRO.

No es ciertamente la asociacion, como algunas escuelas modernas por desgracia lo han predicado, la panacea para los males económicos, políticos y sociales, y muy especialmente el tónico contra los inconvenientes de la concurrencia y contra la miseria; ni cabe tampoco considerar racionalmente ese principio como el medio mas adecuado para transformar por completo la organizacion industrial, remplazando el salario por la asociacion. Semejantes exageraciones han dado lugar en nuestros tiempos á que las cuestiones industriales se conviertan en políticas, y produjeron y acaso produzcan no pocos males.

Mas si ese falso y exagerado concepto de la asociacion, que ha seducido á tantos publicistas, es en realidad censurable, tampoco

cabe negar que en el órden económico como en todas las direcciones del espíritu humano, la experiencia ha demostrado diversas veces que la asociacion es un principio verdaderamente fecundo; que mediante él, las fuerzas individuales se reúnen como en un hogar comun, su potencia se centuplica y se hace susceptible de múltiples y felices aplicaciones; no hay, por decirlo así, trabajo que por tal medio no le sea dado al hombre emprender. Puede en una palabra, juzgarse el partido que para lo futuro podrá sacarse de la asociacion, por las aplicaciones ya hechas á consecuencia del desarrollo que ha ido tomando ese principio y por los resultados que ya ha producido.

Mucho pudiéramos decir acerca de esos resultados en países como Inglaterra y los Estados-Unidos, donde las asociaciones han creado los mas poderosos establecimientos de la industria moderna, y las mayores explotaciones agrícolas y mineras; las mas útiles instituciones de crédito, de seguros, de beneficencia y de prevision. Sin tan poderoso resorte, no se hubiera visto en aquellas naciones producirse como por encanto, numerosas vias de comunicacion terrestre y marítima, que cortan los istmos y las montañas, franquean las estensas llanuras y los insondables mares, unen los continentes y reavivan todos los elementos de la civilizacion en los países cultos, á la par que los hacen surgir en regiones mas atrasadas.

Pero es hoy mas modesto, si no menos satisfactorio, nuestro propósito, al poder hacer constar en nuestra misma patria, desgraciadamente tan poco activa en semejante movimiento, resultados prácticos, altamente fecundos, del principio de asociacion secundado por sus dos mas legítimos y naturales auxiliares, el ahorro y el trabajo. Suminístranos tan halagüeña ocasion, la ilustrada revista semanal que se publica en Barcelona con el título de *Fomento de la produccion nacional*, y en uno de cuyos últimos números hallamos reseñada la inauguracion de una fábrica nombrada *La Obrera mataronesa*.

En 27 de diciembre de 1874 colocóse la primera piedra de aquel establecimiento que habia acordado levantar en Mataró la Sociedad cooperativa de jornaleros, hiladores y tejedores en telares mecánicos del propio título que la fábrica. El domingo 24 de octubre de 1875, ha tenido lugar la solemne inauguracion del edificio con asistencia de las autoridades locales, y de muchas importantes y distinguidas personas invitadas al efecto por la «Cooperativa.»

A las diez y media salió la comitiva, presidida por el Sr. Alcalde de Mataró, de la casa del Ayuntamiento, y se dirigió á la fábrica de la «Obrera,» en donde fué recibida por una comision de socios. Los invitados recorrieron la fábrica, y pudieron convencerse de la buena

disposicion del local, la acertada colocacion de la maquinaria y el cuidado y aseo que reina en el establecimiento.

Planos y construccion del edificio, disposicion y colocacion de máquinas, han corrido á cargo del jóven ingeniero Sr. Brunet, que en el breve espacio de nueve meses, ha sabido dar término á tan importante trabajo. Verdad es que, en los albores de su carrera, debia serle poderoso estímulo la circunstancia de poder continuar en su hoja de servicios la direccion, construccion y montage de la primera fábrica levantada en España por una Sociedad cooperativa de obreros.

El edificio tiene buenas proporciones y elegante sencillez. La cuadra de telares mide 46<sup>m</sup>,75 longitud por 21<sup>m</sup> ancho y 5<sup>m</sup>,60 alto; el piso de la cuadra es 1 metro mas bajo que el nivel del terreno que la rodea. Hay 14 ventanas por lado, de 2<sup>m</sup> ancho y 3<sup>m</sup>,80 alto. El techo, con dos armaduras, se sostiene con un solo órden de columnas de 17 centímetros de diámetro en la base. Contiene la sala 77 telares, una máquina de parar, dos para hacer rodillos, dos bobinas y una para hacer *bitllas*. El motor, debido á los acreditados talleres de los Sres. Alexander y C.<sup>a</sup>, es de 20 caballos de fuerza, con calderas para una fuerza de 60. Hay puesto para otra máquina, que se montará y destinará al movimiento de la hilatura, cuando esta se establezca, con arreglo á los propósitos de la «Obrera.» El cuarto de la máquina mide 8<sup>m</sup> largo, 7<sup>m</sup> ancho y 7<sup>m</sup> alto; el de calderas 13<sup>m</sup>,70 longitud y 7<sup>m</sup>,50 latitud. La altura de la chimenea es de 27 metros.

Mientras la comitiva recorria la fábrica y examinaba con interés todos los detalles que, si bien son conocidos en aquel industrioso país, cobraban novedad por el hecho de pertenecer á los obreros, los socios se pusieron al frente de los telares, funcionó la máquina y el movimiento del trabajo reinó por algunos momentos, animando la fiesta que se celebraba. Acto seguido y en la misma sala de telares, el Sr. Brunet (D. Andrés Avelino), abogado consultor de la «Obrera» leyó un discurso notable y bien escrito, que demostraba sólidos conocimientos, especialmente en la materia de que se ocupa, y que respiraba fe y entusiasmo por las maravillas morales y materiales que el trabajo está llamado á realizar. Reproduciremos algunos párrafos, empezando por el primero, «Señores: un hecho sencillo »en sí, modesto en su origen, con escasos medios desarrollado, con »humildes elementos sostenido y dirigido, reúne aquí, en comun »lazo de armonía, á corporaciones sábias y distinguidas, á personas »ilustradas, á dignos representantes de la prensa, este vehículo de »las ideas y de los hechos indispensable á las generaciones moder-

»nas; y entidades políticas y administrativas, que contribuyen á la  
 »realizacion de los fines de una Sociedad bien constituida; á la-  
 »boriosos é inteligentes obreros, agentes necesarios en el importante  
 »fenómeno de la produccion; y á otros señores en distinguida re-  
 »presentacion de varios elementos sociales, sin que en este concurso  
 »en donde se dan afectuosamente la mano la inteligencia, el capital,  
 »el comercio, la industria, el trabajo, dominen otros sentimientos  
 »que el generoso de concordia y benevolencia, que hace ensanchar  
 »el corazon y entrever á la inteligencia horizontes nuevos y halagüe-  
 »ños, que permiten abrigar la esperanza de que las generaciones del  
 »porvenir aunarán sus esfuerzos para la perfeccion del hombre,  
 »libres, si no en toda, en gran parte, de los antagonismos que hoy á  
 »nuestro pesar nos envuelven y arrastran, y son al parecer valla  
 »insuperable, en la cual se estrellan los buenos propósitos de ver-  
 »daderos amantes del progreso y de la civilizacion de los pueblos.  
 »Importa no desvanecerse, ni desalentarse. El progreso se realiza,  
 »la civilizacion adelanta y el hecho que nos ocupa es otra de tantas  
 »diarias pruebas de esta verdad.» Pasó luego á ocuparse de los  
 propósitos de los obreros de la cooperativa que «cuentan para realizar  
 »sus pensamientos con medios humildes, pero no menos eficaces: la  
 »asociacion, poderosa palanca de nuestros dias, y dos virtudes: el tra-  
 »bajo y el ahorro, que siempre y en todas las circunstancias deberian  
 »llevar como premio el bienestar, y con él la tranquilidad del espí-  
 »ritu, el amor al hogar y el cariño en la familia.» No seguiremos al  
 Sr. Brunet en el desenvolvimiento filosófico de su discurso, ni en el  
 trabajo de investigacion é histórico a propósito del origen y desarrollo  
 de las sociedades cooperativas. Bastará para nuestro objeto, y para  
 que quepa en las páginas de esta Revista, tomar las noticias que á la  
 «Obrera Mataronesa» se refieren. Empezó esta á formar su capital  
 por medio de cuotas individuales de un real por semana, y cuando  
 la suma de estas, unida á algunos fondos previamente reunidos, llegó  
 á ascender á la cantidad de 20.000 reales, compró seis telares de  
 lance, alquiló local y fuerza motriz en la fábrica llamada de Puig-  
 martí, sita en Gracia, y empezó á trabajar. Así se estableció la «Obre-  
 ra» en 1869. Al través de vicisitudes, contrariedades y disgustos  
 sin cuento, ha seguido trabajando, y una gerencia honrada,  
 activa é inteligente ha sabido vencer todas las dificultades. Desde el  
 modesto capital de 20.000 reales en 1869, ha llegado la «Obrera»  
 á tener de su propiedad la fábrica que hemos descrito, y gozar  
 buen crédito en el mercado. Los socios son, en su mayoría, hijos  
 de Mataró, y eligieron esta ciudad para establecer la fábrica, que  
 empezó á funcionar en el pasado junio. Rigen en la «Obrera Mata-

ronesa» la unidad de miras y de direccion; el número de socios es naturalmente limitado por la industria que se ejerce; el capital se forma con los beneficios acumulados y por las cuotas semanales que son en la actualidad de dos pesetas. Existe una caja de ahorros para que los Socios vayan depositando en ella sus economías, y puedan hacerlo tambien los trabajadores del mismo oficio, no socios y que deseen serlo, pues la importancia de sus depósitos servirá de norma para la admision. Rige el principio de la familia, pues la de los socios, esposa é hijos es preferida para ingresar en la Sociedad.— Se ha instalado tambien una cooperativa de consumos, que proporciona á los socios alimentos sanos y baratos, al paso que sus beneficios acrecientan el capital social.—Sostiene la «Obrera» una escuela, biblioteca, y tiene un casino para solaz y recreo de los socios; extendiéndose estos beneficios á los imponentes de la Caja de ahorros.

Terminado el discurso del Sr. Brunet, que fué con entusiasmo aplaudido, dirigió el Ilustre Alcalde de Mataró algunas palabras al concurso, felicitándose y felicitando á Mataró por contar en su seno la cooperativa, y manifestando, en nombre del Excmo. Sr. Gobernador Civil, el sentimiento con que esta autoridad se veia privada de asistir á un acto que tan grato le hubiera sido presenciar.

Tomó luego la palabra el Sr. Mañesas, ensalzando las ventajas de la instruccion. Elogió á la Obrera por tener una escuela, pues en ella se forma el corazon y se aquilata la inteligencia. Fué merecidamente aplaudido.

Terminado el discurso del Sr. Mañesas, extendióse sobre una caja llena de hilo de algodón el acta de inauguracion, que firmaron los presentes, ya individualmente, ya en representacion de la prensa ó de respetables corporaciones, como la Junta de Agricultura, Industria y Comercio, la Sociedad Económica de Amigos del Pais, el Fomento de Produccion Nacional, Escuela de Ingenieros industriales y otras, firmando al frente de todos las autoridades civil, judicial y militar de la ciudad de Mataró.

Pasóse luego al casino de la cooperativa, situado en el mismo cercado de la fábrica, y despues de hacerse cargo del buen partido sacado del local, y de haber contemplado un cuadro bordado por una de las socias de la «Obrera,» que obtuvo premio en la Exposicion de Labores últimamente celebrada por el «Fomento,» sentáronse los invitados y una comision de los invitantes al rededor de una mesa bien dispuesta y servida.

Bulliciosa armonía reinó durante la comida, recayendo principalmente las conversaciones sobre los resultados de la cooperacion y de la economía, que dan fuerzas á pobres obreros para reunir ca-

pital importante, y levantar fábricas como la que se acababa de visitar.

Terminó la comida y trasladóse nuevamente la concurrencia á la cuadra de los telares, en donde estaba todo preparado para servir espléndidamente café, licor, dulces y vinos, y dónde se pronunciaron numerosos y oportunos brindis.

Al terminar esta reseña, que casi íntegramente tomamos del *Fomento de la producción nacional*, sentimos ensanchado nuestro espíritu y aliviado el corazón, afligido por los múltiples males que aquejan á nuestra patria, y columbramos, embebecidos, consoladores horizontes de lo que podría ser, de lo que confiamos en que la Providencia hará que al fin sea esta desdichada España, el día en que, apaciguadas nuestras civiles discordias, un tanto restañadas las hondas heridas que han producido, y sobre todo, difundida la instrucción en las clases populares, lleguen estas á convencerse de los milagros que pueden alcanzar mediante la asociación, el ahorro y el trabajo.

J. M. E.

## LA SUSCRICION DE LOS ARTISTAS EN PARIS.

Consecuentes con la costumbre de dar cabida en nuestro periódico á todo rasgo de caridad, copiamos de un diario francés la siguiente narración.

Dice así:

«Hace dos días que está abierta en el *Círculo artístico y literario*, una interesante exposición de cuadros y objetos de arte, que no se cerrará hasta el 12 de enero.

Es la colección de las obras donadas por los artistas franceses, para la suscripción que se abrió á favor de las víctimas de las inundaciones del Mediodía, cuyas obras se venderán del 17 al 20 del presente mes.

Un franco cuesta el catálogo, y un franco también la entrada á dicha exposición; y el producto total de la venta, de los catálogos y de las entradas, será destinado á aliviar las miserias que quedan todavía á consecuencia de las desastrosas inundaciones del mes de junio de 1875, en el valle del Garona.

He visitado con mucho detenimiento esa exposición, y he examinado cuidadosamente las 619 obras de que consta, tomando notas para apreciar su mérito artístico; pero en el momento de escribir el resultado de mis observaciones, me ha faltado decisión, porque me

veria precisado á hablar de la superioridad de mérito de unas obras sobre otras, y cuando se trata de una obra de caridad, todas lo tienen grande.

La ofrenda de un desconocido, vale tanto, por su intencion, como el donativo de los *millonarios* del talento y de la reputacion.

Los artistas, con admirable generosidad, están siempre prontos á responder al llamamiento de los desgraciados.

Y no se crea que esta generosidad no les cuesta nada; que, aunque es cierto que algunos han adquirido una fecundidad de imaginacion y una facilidad para la ejecucion sorprendentes, esta fecundidad y esta facilidad, representan largos años de estudios constantes, de luchas encarnizadas, y casi siempre de miseria.

Cuando un artista da un cuadro, una estatua ó un dibujo, da un valor positivo; y buena prueba de ello son los 5.000 francos en que ha vendido su cuadro Mr. Bonnat, y que ha entregado en lugar de él, como se verá por las esplicaciones del comité. Lo que deploro es que no se haya podido conseguir del comprador, que consienta esponer el cuadro con los demás.

Visitar la esposicion de la *Chaussée d'Antin*, es proporcionarse un placer, y practicar á la vez una obra de caridad.

Indudablemente, la caridad pública y la intervencion del Estado (la primera ha dado 25 millones de francos, solo al comité presidido por la mariscal Mac-Mahon), han reparado muchos desastres y remediado muchas desdichas; indudablemente se puede decir «que los perjuicios causados por el siniestro están casi reparados en todas partes,» con el *Diario Oficial* que publica el siguiente suelto.

«Desde el 27 de junio último, han sido concedidas licencias á varios militares, cuyas familias fueron víctimas de las inundaciones ocurridas en diferentes puntos del territorio. Hoy resulta de los informes recogidos por la autoridad superior, que los perjuicios causados por el siniestro, están casi remediados en todas partes. Es, pues, tiempo de poner fin á las medidas escepcionales tomadas en junio último, y de volver á las reglas establecidas en el artículo 2.º de la ley de 13 de marzo de 1875.

En su consecuencia, no serán concedidas en adelante nuevas licencias por este motivo.»

Con esto se dan por terminadas oficialmente las necesidades ocasionadas por la inundacion; pero la caridad encontrará seguramente donde ejercitarse todavía, como lo dicen los organizadores de esta buena obra, en una nota colocada al principio del catálogo, cuya reproduccion me agradecerán seguramente mis lectores, porque siéndome imposible dar individualmente gracias á todos los artistas

que han concurrido á la venta, la publicacion de este pequeño manifiesto, será una muestra de gratitud colectiva á los organizadores y cooperadores de esta obra de patriótica y benéfica solidaridad. =  
*Tomás Grimm.*

**Nota aclaratoria del comité organizador de la venta  
y esposicion.**

La venta y esposicion, cuyo catálogo presentamos y cuyo producto está destinado á los inundados del Mediodía, parecerá tal vez algo tardía; y sus organizadores deben, sobre este particular, algunas esplicaciones á sus amigos, á sus camaradas y al público. No quisieran ser acusados de negligencia, ni, sobre todo, que se acusase de tibieza á los artistas que tan espontáneamente han respondido á su llamamiento.

No se han podido olvidar aún los desastres de la inundacion, ni la compasion y angustia con que se oian sus trágicos relatos, ni el noble sentimiento de solidaridad que se despertó entonces en la conciencia de la nacion.

Al saber la catástrofe tuvieron, sin duda, la misma inspiracion la mayor parte de los artistas meridionales establecidos en París, porque un deber particular se unia para ellos al deber comun.

Mr. Falguiere desde los primeros momentos solicitó y obtuvo preciosos donativos. Algunos otros artistas se unieron á él para hacer gestiones análogas, y de esta manera se formó solo, por decirlo así, un pequeño comité compuesto esclusivamente de compatriotas.

Este modesto comité emprendió sus trabajos inmediatamente; pero la eficacia de los artistas, su ardiente caridad, y el número de ofrendas superaron nuestras esperanzas, y desconcertaron nuestros proyectos, obligándonos á retardar la venta, pues concluia su estacion.

Por esta misma causa creimos primero que se verian menos favorecidas nuestras tentativas, pues los compradores habian despojado gran número de estudios y talleres; pero nadie nos rechazó. Aquellos á quienes la gloria disputa sus horas, y los menos afortunados y á quienes las necesidades de cada dia, demandan su trabajo, rivalizaron en generosidad y entusiasmo. Uno nos daba la única obra que le quedaba; otro la que tenia comenzada; este retardaba un viaje para dejarnos al menos un bosquejo, y todos nos daban gracias por haber contado con su fraternal simpatía.

Un maestro, al que han dado ya reputacion triunfos recientes, se

apresuró á comenzar un cuadro para nuestra exposicion; mas poco tiempo despues nos escribió que, habiendo hallado quien se lo comprara por 5000 francos, ponía esta suma á nuestra disposicion. Nos vemos obligados á lastimar su modestia, diciendo que es Bonnat, porque los que le conocen estrañarían, sin esta esplicacion, no ver figurar su nombre en el catálogo.

Aun encontrarán, seguramente, útil empleo, las sumas que vamos á recoger. En los primeros momentos los esfuerzos particulares y las suscripciones aisladas; han servido para aliviar las desgracias apremiantes que no tenían espera; y la suscripcion nacional, colocada bajo un patronato ilustre y respetado, se ha propuesto un objeto mas vasto. Se habia colocado el primer apósito á las heridas, y era preciso curarlas por completo.

Pero todavía hay mucho bien que hacer en esas poblaciones, á las que enloqueció primero el dolor y despues las esperanzas, que les hicieron aguardar de la suscripcion nacional, mas de lo que podia dar.

Hay muchas miserias ignoradas ú olvidadas. Hay mas de una pobre casa reconstruida, á la que falta aún el techo; mas de un pobre hombre que tiene techo y no tiene pan; mas de una pobre muger, que tiene hogar y no tiene fuego.

Para esos hemos pedido, para esos es esta venta.

Despues de un funesto verano, han tenido un otoño de trabajo y de esperanza; queremos prepararles un invierno benigno.

Damos gracias desde el fondo del corazon á los bienhechores de nuestros desgraciados compatriotas. Les damos gracias en nombre de nuestros pobres, y, ¿por qué no decirlo? se las damos tambien en el nuestro. Ellos han comprendido la conmovedora delicadeza de tal accion; la caridad poniendo en las manos de los hijos las ofrendas que destina á la madre comun, á la patria querida.

Siguen las firmas.

Nos causa admiracion, y aún no sabemos si cierta envidia, el leer articulos como el que acabamos de copiar. Es hermoso, es consolador el ver que hay tanta caridad; pero, ¿la hemos visto en España practicada en tan grande escala? No, ciertamente. Si para una calamidad pública se abre una suscripcion ó se dan algunos beneficios en los teatros, siempre resulta reunida por todo ello una cantidad mezquina.

¿Consiste esta diferencia de resultados en la diferencia de poblacion y de riqueza?

Sea lo que quiera, repetimos que es hermoso el espectáculo de tantos artistas acudiendo presurosos á llevar su ofrenda para contribuir á la buena obra, cuya ejecucion han emprendido unos cuantos corazones á quienes la caridad hace tan previsores y cariñosos que, despues de parecer remediadas todas las desgracias por la inmensa suma que la caridad pública ha proporcionado, van á rebuscar miserias, á remover poblaciones, para encontrar las casas sin techo, las familias sin pan, los hogares sin fuego.

Nos entusiasma el pensamiento, nos entusiasma su ejecucion y pedimos á Dios desde el fondo de nuestra alma que, si algun dia tenemos la desgracia de sufrir calamidades como la que el último año sufrió Francia, logremos la fortuna de ver que iniciadores de obras santas, encuentran auxiliares bastante numerosos para llevarlas á cabo.

P.

## LA BENEFICENCIA EN PARIS.

---

De un curioso trabajo inserto en nuestro ilustrado cólega *La Epoca*, tomamos los siguientes datos, que nos parecen interesantes y muy propios de LA VOZ DE LA CARIDAD:

Puede calcularse, si no exacta muy aproximadamente, el número de mendigos *autorizados* que existen en París; estos se elevan á 3.000 segun la estadística municipal, á los cuales hay que añadir 15.000 vagos conocidos, que carecen de medios de existencia, y mayor número de incógnitos. Pero entre los mendigos y los indigentes hay un abismo: los unos ejercen, por decirlo así, un oficio, que consiste en implorar la caridad pública ostensiblemente; los otros recurren á la beneficencia municipal ó imploran la privada, y muchos ocultan avergonzados su desnudez y su desesperacion.

Fijar el número de los que pertenecen á esta clase de desheredados, es tarea punto menos que imposible. Baste decir, para dar una idea de este cáncer social, que en el último año la *Asistencia pública*, nombre que lleva la beneficencia organizada en París, ha socorrido por sí sola á 318.742 individuos, mientras que las numerosas corporaciones religiosas que ejercen en dicha ciudad la caridad, auxiliaban casi á otros tantos necesitados, sin perjuicio de los muchos que eran objeto de la solicitud particular y directa de diferentes almas caritativas. Preciso es suponer, no obstante, que estas limosnas no han recaído cada una en diferente persona, pues en realidad, y segun los últimos datos que posee la prefectura de París, no

pasaria de 130.000 el número de pobres, cifra que, con relacion á la de la poblacion total de la capital, que es de 1.667.841, representa la proporcion de *un* pobre por cada *trece* habitantes.

Imposible sería entrar en detalles respecto á la organizacion de la beneficencia oficial, que vela sobre tantas miserias. La Asistencia pública, que tiene bajo su direccion los depósitos de mendicidad, las oficinas de beneficencia por barrios, los asilos y los hospitales, constituye una máquina complicadísima, cuyo mecanismo es análogo al de los mas importantes ministerios.

Los recursos de la Asistencia pública son los siguientes:

	<i>Francos.</i>
Rentas sobre el Estado.....	1.316.370
Ingresos de hospital.....	566.636
Subvencion del municipio.....	9.374.724
Idem extraordinaria.....	1.110.000
Idem del departamento.....	1.140.639
Venta de inmuebles y capitalizacion de fondos.....	6.313.559
Excedente del año anterior.....	5.537.993
Donaciones y legados.....	6.066.056
Impuesto sobre los espectáculos.....	1.866.564
<i>Total</i> .....	<u>34.281.051</u>

Entre las fundaciones pias, descuellan la del filántropo Montyon, que se eleva á 281,630 francos de renta inscrita en el gran libro de la deuda, y la de Brezin, simple obrero enriquecido por su trabajo, que legó 190.233 francos de renta perpétua á los pobres y otras muchas mandas menos importantes.

Ese Paris tan inmoral, escéptico y egoista, gasta, pues, siete millones de pesos próximamente en socorrer á sus indigentes, es decir, mayor suma que la que constituye el presupuesto de algunos Estados, y aun esta espléndida limosna no es sino la oficial. A mayor cifra asciende la que los parisienses dan á la indigencia privadamente, por medio de sus sociedades libres de beneficencia, de las colectas á domicilio, de los cepillos de iglesia, etc., etc.; y no es temerario apreciar en 50 millones de francos la parte que los ricos separan de su fortuna para auxiliar á los pobres de aquella populosa ciudad.

Banquero hay, tal como Rothschild, que solo de pan distribuye 30.000 kilogramos anuales; y si no temiera ofender su delicada modestia, citar podria algunos españoles aquí establecidos, que contribuyen con cuantiosas limosnas á enriquecer el presupuesto de la caridad parisiense,

---

Las oficinas de beneficencia son los brazos con que la Asistencia pública distribuye sus dones á los necesitados. En todos los barrios de París hay uno de estos centros de socorros; y se tendrá una idea de su importancia, cuando se sepa que cada uno está dirigido por el alcalde del barrio, su teniente, doce administradores y un número indeterminado de visitadores, comisarios y damas de caridad. Varios médicos y comadres están agregados á cada oficina. Para obtener socorro, el indigente hace una súplica; seguidamente lo visita un administrador, un comisario y una dama de caridad, los cuales informan sobre su situación. El consejo decide en vista de este informe si el solicitante debe ser socorrido, y en caso afirmativo, si temporal ó anualmente.

Las limosnas, por desgracia son bien mezquinas. Un indigente de 70 á 79 años recibe 5 francos al mes, y esta suma va aumentando hasta el máximo de 12 francos mensuales, que solo se concede á los que pasan de 84 años. Es verdad que estos auxilios en metálico no escluyen los socorros en especie, tales como pan, carne, sopas, etc. Los enfermos crónicos ó los que sufren de dolencia aguda, son enviados á los hospitales.

Cada oficina de beneficencia posee, bajo su tutela, varias casas de socorro. A 57 se eleva el total de estas en París. Estos refugios, que no hay que confundir con los hospicios ni hospitales, están dirigidos por mujeres, admirables por su abnegacion, que llevan diferentes nombres piadosos, tales como *Hermanitas de los pobres*, *Hermanas grises*, *Hermanas del puchero* y *Buenas hermanas*. Todas pertenecen á la congregacion de San Vicente de Paul, y su verdadero nombre es el de Hermanas de la Caridad.

---